PRESENCIA DE CARLOS V EN LA IMAGINACION DEL PUEBLO FLAMENCO

POR

EDMOND VANDERCAMMEN

El día 21 de septiembre de 1558, el fundador del imperio más grande que haya conocido el mundo fallecía en su retiro solitario de Yuste. A veces habían padecido nuestras provincias bajo su reinado, con motivo sobre todo de las pesadas obligaciones impuestas por la guerra y ciertos golpes dados a sus privilegios, pero nuestro país, como lo subraya Ghislaine De Boom en su libro *Carlos V, Príncipe de los Países Bajos,* "conservará, a través de su historia atormentada, la nostalgia de su príncipe natural. Y el poder del más ilustre de sus hijos seguirá, a través de los siglos, exaltando su alma. Carlos V es el único entre nuestros soberanos que haya inspirado nuestro folklore, nuestras leyendas y vive siempre en la imaginación popular".

Ya Michel de Swaen, dramaturgo flamenco contemporáneo de Molière, había enseñado en su pieza titulada *La farsa de la bota coronada*, siempre representada en nuestros teatros, la bondad del Emperador y su manera sencilla de mezclarse en la existencia cotidiana de su pueblo. Decía el embajador veneciano Miguel Serrano que el Emperador se mostraba agradable con los flamencos y los borgoñones por la familiaridad y la afabilidad. Tantas leyendas nos describe Keizer Karel —así fué siempre llamado— charlando cordialmente con la buena gente de Flandes y Brabante: en aquellos contactos aparece desprovisto de todo orgullo, de toda vanidad. Era muy conocedor de las costumbres de sus sujetos y como nacido para hacer reír a los más humildes entre ellos. Olvidaba sus hazañas, su gloria, descubriéndose verdaderamente flamenco en su amor al beber y al comer, a las fiestas y a las bromas, aquellas proezas de la buena vida pintadas a la sazón por el genial Brueghel. La imaginación popular le trenzó una corona chistosa tan resplandeciente como la que simbolizaba su imperial autoridad, pero el espíritu chancero del pueblo que así se acuerda de su soberano no puede ser el solo motivo de esta perennidad legendaria. Carlos V era flamenco de sensibilidad y corazón y fué amado por ello más aún que por su reinado prestigioso. Por otra parte, los documentos históricos revelan que el soberano lloraba el 25 de octubre de 1555, en el palacio de Bruselas, en que había reunido a sus fieles y nobles sujetos al abandonar nuestro suelo. "Messeigneurs

—dijo en la sala misma donde cuarenta años antes había sido emancipado— ne vous devez être émer veillés si, vieux et débile de tous mes membres, tel que je suis, et aussi pour, l'amitié que je vous porte, je verse quelques larmes."

Numerosos folkloristas flamencos y franceses de Bélgica se aficionaron a la figura de Carlos V traspuesta por la imaginación popular. He aquí, para nuestra alegría, tres de las anécdotas recogidas por el dramaturgo Michel de Ghelderode en su obra *La historia cómica de Keizer Karel* tal como la perpetúan hasta nuestros días las gentes de Brabante y Flandes (La Renaissance d'Occident, 1923). No las inventó el autor, sino que las animó con su talento narrador.

KEIZER KAREL SOBRE UNA PIERNA

Por apreciar mucho los vinos de Francia, particularmente los que se prensan en Borgoña, Keizer Karel padecía de una traidora gota que le privaba del uso de una de sus piernas. Tenía que guardar habitación siempre malhumorado. Enfadándose a cada instante, pasaba la noche y el día dando brinquitos sobre su pierna válida, de manera que los nobles que estaban con él conservaban difícilmente su serenidad. Ahora bien, un día, a pesar de sus esfuerzos, el conde de Buren soltó la carcajada. Keizer Karel, más sorprendido que disgustado, pidió con cortesía el motivo de esta alegría tan repentina.

—¿Es de verme cojear? —dijo el Soberano.

—Me perdone Su Majestad —contestó el reidor—, pero al verle cojear me parecía que igualmente cojeaba el Imperio.

Sonriéndose Keizer Karel, acabó:

—¡Sabed, de Buren, que la cabeza reina y no los pies!...

EL LEÑADOR SEVERO...

Un día, al anochecer, Keizer Karel se halló cerca de Boschvoort, en la selva de Soignes. Teniendo hambre, llamó a la puerta de una cabaña. Un hombre barbudo y tosco abrió, hizo entrar al pasante y le pidió lo que quería.

—Comer, contestó Keizer Karel.

—Métete a mesa conmigo —dijo el hombre, que era leñador de profesión...—. Tengo al garabato un pedazo de carne muy a punto. ¡Te baste eso!...

Y comieron en silencio. Habiendo tragado su último bocado, Keizer Karel estaba por levantarse, cuando el leñador le pegó los dedos con su cuchillo:

—¡Eh, viajero..., aquí es la costumbre de santiguarse después de comer!... Se agradece a Dios el pan cotidiano...

Avergonzado, se persignó Keizer Karel y salió. El día siguiente, el leñador fué llamado a la Corte. Iba atemorizado. Y cuando reconoció al viajero de la víspera en la persona del Emperador, se hincó de rodillas, implorando su perdón. Keizer Karel le hizo levantarse y golpeándole familiarmente el hombro:

—¡Eh, leñador..., aquí es la costumbre de recompensar a los hombres justos y francos!...

KEIZER KAREL, COMEDIANTE...

Callejeando con algunos cortesanos, Keizer Karel llegó a una plaza pública en la que festejaba el populacho. Un teatro había sido erguido y una muchedumbre regocijada esperaba la entrada. Al instante, un hombre muy galante se aproximó al grupo de los señores y les convidó a honrar el espectáculo con su presencia.

"Con gusto, contestó Keizer Karel, y aun ayudaremos al mismo si hay necesidad. Faltaba un figurante que tenía que simular a un emperador romano. Y Keizer Karel desapareció debajo del tablado en tanto que se embobaban sus cortesanos.

El espectáculo principió, de natura mitológica y conducido con declamación grandilocuente. Y se pudo ver a Keizer Karel vestido de una toga escuchar desde su trono los discursos de Júpiter, Marte u otros dioses tan amables como hermosos. Ahora bien, el papel de estos actores consistía en celebrar a Su Majestad Carlos V, a los Habsburgos, a la Casa de Austria, a los Estados católicos, etc. Y el populacho aplaudió a rabiar. Una vez corrido el telón, Keizer Karel salió de debajo del tablado y los cortesanos le felicitaron por la manera tan noble con la que había simulado al emperador, a pesar de no haber pronunciado ni una palabra.

—No quedéis bizcos, contestó riéndose. Hace mucho tiempo que hago este papel insípido entre otros actores que pronuncian alabanzas aprendidas y ante otros auditorios que nunca osarían no aplaudir...

Así, todas estas leyendas nos restituyen, antes que los de un gran monarca, los rasgos de un gran aficionado a la vida. Dice Michel de Ghelderode que hace poco se recitaba todavía una plegaria, dicha *Plegaria de Keizer Karel,* oración absolutamente histórica, ya que fué mandada al Emperador por el mismo Papa.

Es imposible revelar todos los tesoros folklóricos flamencos de los que surge la figura del soberano. Quizá estos escasos ejemplos enseñarán suficientemente que Carlos V fué aprobado por su pueblo,

pues este pueblo democratizó su ilustrísima imagen hasta confundirla con la de sus antepasados. Es manera conmovedora y cabal de magnificar una gran memoria, la del héroe que habita nuestros pensamientos durante los actos actuales. Y es un héroe que une todavía a través de los siglos el pueblo belga al pueblo español.

Edmond Vandercammen.
41, rue Peperkasteel.
BRUSELAS. 18.